

Introducción a la semana

Lun
5
Abr
2021

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“No temáis”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él:

“Veía siempre al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha para que no vacile.

Por eso se me alegró el corazón,
exultó mi lengua,

y hasta mi carne descansará esperanzada.

Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.

Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo de hoy

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Bendeciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,

se gozan mis entrañas,

y mi carne descansa esperanzada.

Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús salió al encuentro y les dijo:

«Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él.

Jesús les dijo:

«No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros».

Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Reflexión del Evangelio de hoy

La promesa cumplida

La fuerza que se recibe de Dios da la capacidad de transmitir lo que se ha vivido con más credibilidad que las simples palabras, el mensaje se plantea de otra manera, sale de lo más profundo de quien habla. Pedro habla con los Once el día de Pentecostés, han recibido el Espíritu y les recuerda que lo que ha ocurrido, lo que ellos han visto y presenciado ya estaba anunciado por David.

Si al llegar a la Pascua nuestros corazones no se sienten renovados, puede que sólo hayamos vivido una semana más, hayamos realizado actividades diferentes, incluso a las semanas santas de otros años, pero nada más, puede que hayamos estado en las celebraciones que correspondían a cada día del Triduo Pascual, pero nada más... Hemos de sentir de la misma manera que sintieron los discípulos al encontrarse con el Resucitado, una alegría que no se puede describir, pero que se transmite con la vida, con los gestos, con lo más profundo del ser, ese que convence sin palabras.

La credibilidad como cristianos, como seguidores del Resucitado, ha de estar en que nuestra vida convenza a otros desde quienes somos, lo que hacemos, decimos y transmitimos por donde vamos, si no tenemos ese signo de identidad claro, si no vivimos al Resucitado en nosotros mismos, tendremos un título más en nuestra vida, pero, al igual que muchos otros, no servirán de nada.

Comenzamos la Pascua, avancemos cada día siendo fieles a lo que *hemos visto y oído*, seamos testigos que predicán con su vida y muestran la presencia de quien vive, no de quien dejó de existir ante el miedo de quienes decían amarle.

¿Sientes a Dios presente en tu vida? ¿Eres consciente de la Promesa de Dios cumplida en ti? ¿Cómo transmites al Resucitado con tu vida?

Verdad – mentira

Dos posturas ante un mismo hecho, frente a la alegría de las mujeres y los discípulos por la Resurrección, está el miedo de quienes buscan en la mentira un refugio que les proteja del error que han cometido. Las mujeres reconocen la presencia de la Vida, los judíos buscan cómo justificar la muerte con una mentira más y eso los lleva a hacer un agujero más grande del que ya habían hecho.

Parece que no estamos tan alejados de la realidad que vivimos hoy, unos se escudan en la mentira y en el engaño para tapar lo que ya han hecho mal y no saben cómo deshacer o no quieren hacerlo, otros siguen dando testimonio, arriesgando su vida, despojándose de lo que tienen, porque han descubierto que sólo quien se da es capaz de ser más, aunque tenga menos, otros mueren por defender a los más desfavorecidos, por ayudar a los que nadie quiere, por dar a conocer su fe, por preservar sus ideales y sus valores, muchos de ellos, más bien todos, de manera injusta y sin ser reconocida su labor.

No podemos predecir cuál será nuestra forma de actuar ante una situación concreta porque hasta que no la vivimos en primera persona no podemos saber qué nos va a influir para actuar de la manera que lo haremos. Está claro que la educación que recibimos, los valores que nos inculcan desde pequeños, las costumbres que vamos adquiriendo pueden dar muchas pistas de cómo puede ser nuestra forma de actuar, pero nada lo define plenamente, porque nuestra situación personal de ese momento es la que determina en mucho lo que haremos al final.

¿Las decisiones que tomas en la vida tienen algo que ver con tu creencia en Dios? ¿Cuántas veces has arriesgado algo sabiendo que la decisión que tomes te va a hacer perder algo que te importa o ganarlo?



Hna. Macu Becerra O.P.
Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia

“¡Cristo, el Señor, ha resucitado!”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 36-41

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos:

«Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías».

Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

Pedro les contestó:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro».

Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo:

«Salvaos de esta generación perversa».

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo de hoy

Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:

«¡María!».

Ella se vuelve y le dice.

«¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice:

«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Convertíos y bautizaos

La fuerza del Espíritu Santo hace que el Apóstol Pedro salga a las calles a anunciar el Evangelio, la Buena Nueva que ellos ya han experimentado: Han visto a Jesús triunfar sobre la muerte por eso proclama con todo su corazón que "...Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías" Muchos de los que le escuchaban serían testigos de lo que había ocurrido, verían con sus propios ojos la muerte en Cruz del Justo, pero el fervor de San Pedro les hace abrir los ojos y convertirse. Ese entusiasmo del que conoce a Cristo se transmite, hace que otros tengan el deseo de acercarse a Él. Y San Pedro deja muy claro a quien se dirige: la promesa del Señor es para todos, los actuales y los futuros, los de aquí y los de lejos. Desde el primer momento se está proclamando la universalidad de la Iglesia.

El mensaje de Jesús no es para unos pocos, es para todo el que se acerca con corazón limpio, sin distinción de ningún tipo. Los hombres somos de naturaleza recelosa, de encasillar, de querer pertenecer a un "selecto club" y de mirar por encima del hombro al que creemos distinto. A lo largo de las Escrituras veremos varias veces como se nos llama a la unidad, a la igualdad entre hermanos. Y así es: una sola Iglesia, un solo mensaje, un solo Señor, el Cristo, Jesús muerto y resucitado.

Hermanos, estamos en la Pascua y debemos estar alegres, gozosos. Pregonemos a los cuatro vientos nuestra alegría, la luz ha vencido a las tinieblas, hemos sido salvados y se nos han abierto las puertas del cielo. No nos guardemos este gozo para nosotros, vamos a compartirlo, invitemos a nuestros amigos a participar "de la mesa del Señor!"

¡Aleluya!

¿Cuántas veces ante la muerte de un ser querido no hemos vuelto al cementerio a llorar, a buscar un cierto consuelo porque allí le vimos por última vez? Así está María Magdalena, sin consuelo al comprobar que ni siquiera el cuerpo del Maestro está allí. Pensaría que era normal que los judíos se lo hubieran llevado ante el temor de su resurrección tantas veces anunciada. Delante de ella se produce el prodigio de los dos ángeles en el sepulcro, incluso ve a Cristo y no lo reconoce. Su alma y su mente debían estar tan confundidas por el dolor que no alcanza a comprender lo que está viendo. Será cuando Jesús la llame por su nombre cuando caiga en la cuenta. Entendería todo lo que el Maestro les había dicho, su mente y su corazón se debieron abrir al momento y le reconoce ¡Rabboni! ¡Maestro! Y es que cuando Jesús te llama tu corazón arde. Luego le manda que vaya y le cuente a los hermanos lo que acaba de ver y María Magdalena será la primera en proclamar la Resurrección, en anunciar que Cristo vive, de hecho en la Orden de Santo Domingo la tenemos por Patrona al ser la primera predicadora.

Imaginar la alegría de proclamar que Jesús vive, que es verdad, que ha triunfado sobre el pecado y la muerte y que, por ello, hemos sido salvados. La promesa hecha a nuestros primeros padres se ha cumplido y hemos sido lavados con la sangre del Cordero. Nuestra Fe es de vida, de alegría, de luz. Adoramos a un Dios vivo, que está con nosotros en la Eucaristía, que no nos abandona. Hace apenas tres días vivimos la Pascua y experimentamos el paso de las tinieblas a la luz y ahora somos como antorchas encendidas, es nuestra obligación alumbrar al mundo y transmitir la Buena Nueva: ¡Cristo ha resucitado, aleluya! ¡El Señor nos ha llamado a todos y cada uno de nosotros por nuestro nombre!

Feliz Pascua para todos vosotros.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Mié Evangelio del día

7

Abr

2021

Semana de la Octava de Pascua

Hoy celebramos: San Juan Bautista la Salle (7 de Abril)

“Se les abrieron los ojos y lo reconocieron”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: «Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a

Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo de hoy

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué?».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?».

Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

En nombre de Jesús, la fe sigue dando fruto

Poco después de Pentecostés, comienza a manifestarse la fuerza del Espíritu a través de la actividad de los apóstoles. Pedro y Juan se dirigen al templo a orar, y junto a una de sus puertas hay un lisiado pidiendo limosna, que les interpela como a tantos otros. Pedro le mira fijamente y, en vez de socorrerlo con una limosna, le intima a andar, remitiéndose a Jesús resucitado, en cuyo nombre el tullido se ve curado y fortalecido. Por parte de los apóstoles, es una proclamación implícita de la exaltación de Cristo, ya glorificado junto al Padre. Él sigue realizando curaciones, ahora por medio de sus enviados.

A la vista de lo sucedido, tanto el curado como los apóstoles entran en el templo para dar gracias alabando a Dios. Es un acto de fe, ya que sólo la fe puede descifrar el alcance del hecho y dar así gloria a Dios. El resto de los testigos sólo muestran estupefacción ante lo que acaba de ocurrir.

No siempre es posible socorrer materialmente a quien nos pide ayuda (Pedro reconoce que no tiene ni oro ni plata), pero sí es posible siempre dar de lo que tenemos, sea poco o mucho. En el caso de Pedro y Juan, transmitieron lo mejor que tenían: la capacidad de hacer un bien extraordinario, gracias a la fe en el Señor resucitado. La fe es algo que está también a nuestro alcance y que nos sugiere formas de ayudar a quien nos necesita: unas veces será una moneda, otras, un poco de compañía, una palabra o una simple sonrisa, otras, al menos una oración sincera a Aquel que puede confortar el corazón del necesitado.

La palabra y el pan nos revelan a Jesús

El episodio de los discípulos de Emaús, que vuelven de Jerusalén desencantados después de la tragedia de la cruz, nos habla elocuentemente de la profunda decepción que siguió a la muerte del Maestro. Jesús mismo, de incógnito, se une a ellos por el camino y provoca una animada conversación sobre lo sucedido y su relación con la Escritura. Ellos conocían la tradición de esa Escritura sobre el Mesías; incluso habían abrigado la esperanza de que éste se hubiera hecho presente en Jesús de Nazaret, pues fueron testigos de lo sorprendente de su persona. Pero, a la vista del desenlace de su vida, se habían desvanecido enteramente esas expectativas.

Entonces Jesús les ayuda a interpretar esa Escritura de acuerdo con el designio de Dios: ya la ley y los profetas hablaban de un Mesías así, sin triunfalismo ni brillo aparente, cuya misión se realizaría a través del sufrimiento y de la marginación. Y en el corazón de aquellos hombres, como reconocerían después, algo comenzaba a arder ante esas luminosas explicaciones. El posterior encuentro en torno a la mesa a la que invitaron al misterioso acompañante les abriría los ojos sobre su verdadera identidad: ¡era él, el Maestro, que ahora vivía! Les faltó tiempo para volver sobre sus pasos y compartir con los demás discípulos la asombrosa novedad.

Así, pues, una inquietud desconcertada, un diálogo ardiente sobre el sentido de la Escritura, un gesto de fraternidad en torno a una mesa compartida son el itinerario que conduce al descubrimiento, en la fe, de Jesús resucitado. También para nosotros es así: una búsqueda de la verdad, muchas veces a tientas, un recurso sincero a la Palabra de Dios y una convivencia fraterna en torno a la Eucaristía nos llevan al encuentro con el Señor resucitado y a la alegría de la fe compartida. ¡Feliz Pascua, hermanos!



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

San Juan Bautista la Salle

**Presbítero, fundador de los Hermanos
de las Escuelas Cristianas,
patrono de los maestros cristianos**

Reims (Francia), 30-abril-1651 - San Yon (Francia), 7-abril-1719

La figura más significativa del siglo XVII francés en referencia a la educación cristiana se llamó Juan Bautista y tuvo por apellido el de la distinguida familia de La Salle, asentada en la noble ciudad de Reims. Fue, por su carisma de fundador, por su intuición de pedagogo, por su cultura de teólogo y escritor fecundo, por su influencia posterior, una hermosa bendición de Dios a la Iglesia.

Una familia numerosa

El 30 de abril de 1651 nació en Reims, en el pequeño y discreto palacete llamado «De la campana». Sus padres, Luis de la Salle y Nicolasa Móet, fueron esposos modelos de fe y de amor al hogar. Ambos pertenecían a familias distinguidas de la localidad, ricas en bienes materiales, pero más ricas por sus valores espirituales. [...]

La felicidad fue la tónica de la familia en los primeros años. En la casa convivían la abuela materna y otros tíos y primos. Diversos domésticos bien elegidos contribuían al orden y a la educación de los hijos que fueron llegando como bendición divina. Siguieron al primogénito, Juan Bautista, otros nueve más.

Juan Bautista conoció, pues, un hogar numeroso, en donde el cariño fraterno y el orden dieron tono a su estilo de vida infantil. Y fue un hogar bien relacionado: las tertulias, las visitas y, en ocasiones, las fiestas al estilo de la época, impregnaron sus recuerdos.

En octubre de 1660 su padre decidió que entrara en el colegio de Bons Enfants, cercano al hogar y dependiente de la Universidad. En ese colegio, selecto y bien organizado, estuvo hasta 1669. Luego continuó su vida escolar en la Universidad, donde inició los llamados estudios de Artes y donde forjó su personalidad y su cultura elevada.

Presbítero y Canónigo

Su vocación hacia el sacerdocio se gestó imperceptiblemente durante estos años escolares. Sus piadosos padres acogieron con agrado sus deseos de orientarse al sacerdocio. Por eso, en 1662, el 11 de marzo, recibió la tonsura eclesiástica, invitación a seguir por el camino elegido.

En 1667, el 7 de enero, fue designado canónigo del Ilustre Cabildo de Reims. Admirado de sus cualidades de seriedad, piedad y juicio, el anciano canónigo Pedro Docet, familiar suyo, le cedió su lugar en el coro catedralicio. Tenía ya 16 años y fue el comienzo de una metódica vida de plegaria, de estudio y de responsabilidades sociales.

En el año siguiente, el 17 de marzo, recibió las órdenes menores y siguió su trabajo como «seminarista externo». Sus estudios en la Universidad culminaron con el título de Maestro en Artes, obtenido el 10 de julio de 1669. Y el deseo de continuar con los estudios de Teología le movió a frecuentar las clases de Teología en la misma Universidad. Pronto se pensó que resultaría mejor el ambiente abierto de París, pues no se hallaba entonces exento de naturales ambiciones.

En el comienzo del curso de 1670, la Sorbona le contó entre sus alumnos en la capital del reino. Su residencia fue el Seminario de San Sulpicio, célebre por su disciplina y por la calidad humana de sus rectores. Su vida allí se inició el 18 de octubre.

Su estancia, que prometía ser larga y fecunda, se vería pronto truncada por la muerte de sus padres. Pero los meses que transcurrieron en aquel ambiente sulpiciano de trabajo y plegaria le marcarían para toda la vida, asimilando la espiritualidad de Olier y asimilando la proyección apostólica que los seminaristas iniciaban en las catequesis dominicales de las parroquias parisinas. [...]

Por esos años se fue imperceptiblemente vinculando con la obra de caridad que había iniciado su director espiritual, el hoy Beato Nicolás Roland. Este joven sacerdote había acogido a varias hermanas enviadas por el Beato Nicolás Barré, que en París había iniciado un Instituto de «Hermanas del Niño Jesús» para la educación de niñas pobres.

Los gestos y las limosnas del joven canónigo hacia la obra de su director espiritual, compañero de cabildo y amigo, se multiplicaron. Pero, de momento, no eran más que gestos compasivos. Su corazón y su tiempo estaban en otra parte. Sus ideales iban por el sacerdocio.

El 21 de marzo de 1676 recibió el diaconado y culminó su proceso académico con la licenciatura en Teología. La fecha más significativa de su vida fue la del 9 de abril de 1678. Ese día selló su entrega a Dios con el Orden sacerdotal. Y se comprometió más aún con la plegaria en el coro catedralicio y con el cuidado de sus hermanos.

Al frente de unas Escuelas

Una carga especial y «providencial» le llegó cuando el 27 de abril de 1678 falleció el piadoso Roland y le dejó el encargo de sacar adelante las escuelas de las hermanas que había organizado. Entendió el gesto como guiño de la Providencia. Sin darse todavía cuenta de lo que ello representaba, ayudó a obtener el reconocimiento le

al de la obra y logró algunas colaboraciones económicas. Las escuelas se mantuvieron en pie. En febrero de 1679 obtuvo para ellas las letras patentes, o reconocimiento civil que aseguraba su existencia legal.

Fue el preámbulo para otro paso más comprometido al que Dios le empujaba sin él darse cuenta. En marzo de 1679 se encontró con el audaz maestro Adriano Nyel, que llegaba a Reims para iniciar unas «Escuelas de Caridad para niños». El encuentro aconteció en una de sus visitas de apoyo a las hermanas. Le enviaba el padre Barré y le recomendaba en diversas cartas a personas influyentes de la villa. Ante la conveniencia de comenzar la tarea con discreción, el joven canónigo La Salle le alojó en su misma casa junto al ayudante.

Lo que parecía una obra de caridad pasajera se transformó en una atadura definitiva, La influencia y el empeño de tan oportuno protector, abrió a Nyel todas las puertas. En unión con otros maestros que se le unieron, las primeras escuelas de caridad para niños pobres se iniciaron en tres parroquias de Reims: San Mauricio, Santiago y San Sinfiriano. Era la gran necesidad social del momento.

En abril de 1680, Juan Bautista obtenía el doctorado en Sagrada Teología. Su alegría estaba acompañada por la buena marcha de la familia. Profesaba su hermano Santiago José, que había ingresado en los agustinos. Su hermana María se había casado el año anterior.

Su interés por los estudios y su afán por cultivarse intelectualmente no le impedían seguir de cerca la obra de las hermanas y de las escuelas. Apoyaba a Nyel que se había establecido en una casa con los maestros reclutados. Pero comenzaron los desafíos y las urgencias. Las frecuentes ausencias de Nyel impedían el orden en las escuelas. En medio de sus afanes de canónigo, de lector infatigable, de animador y director de almas que le fueron eligiendo como guía, no faltaron los reclamos interiores para tornar en serio la obra de las escuelas. Ni siquiera las zozobras o las tristezas que le llegaron, como la que sufrió cuando el 21 de marzo falleció su hermana Rosa en el convento en el que había ingresado, le impidieron caminar con rumbo bien meditado.

Los inicios de las Escuelas Cristianas

El 24 de junio de 1681 se arriesgó a un primer paso fundacional, que todavía no era entendido por él como atadura definitiva, pero que iba a ser decisivo. Llevó a los maestros a su casa familiar y comenzó a dirigirlos de forma más cercana y personal y a fortalecerlos en su misión educadora con sus charlas, alientos y recomendaciones. Aquel intento, aunque no era en su mente más que una medida provisional, originó reacciones adversas en el círculo familiar más cercano.

La situación se fue haciendo insostenible, por la incompatibilidad entre la rudeza de los pobres maestros de escuela y la elegancia de vida del hogar que los acogía. Juan Bautista de la Salle se decidió a dar un paso más: un año después exactamente, el 24 de junio de 1682, se trasladó con ellos a vivir en una casa alquilada por él.

Ante una llamada al decidido Nyel para abrir otras escuelas en Chateau-Porcien y en Guisa, el buen canónigo se sintió más comprometido con los maestros. Su seguimiento de las tareas docentes se intensificó hasta no tener ya marcha atrás. Se dio cuenta de que era una llamada divina muy personal y se decidió a entregarse a aquella labor que en ese momento beneficiaba ya a un millar de niños.

El 16 de agosto de 1683 dio un nuevo paso, símbolo de su compromiso definitivo: renunció a la canonjía en favor de un sacerdote pobre y no de su hermano Juan Luis, que ya se hallaba en el camino del sacerdocio siguiendo sus pasos en San Sulpicio.

El disgusto de sus familiares se incrementó cuando, detrás de este gesto evangélico de renuncia, llegó otro más impresionante. Con motivo del hambre que se extendió por la ciudad en el invierno de 1683 a 1684 comenzó a distribuir sus bienes personales a los pobres. A nadie dijo que lo hacía de una forma muy meditada ni que sólo se desprendía de lo suyo personal, dejando todas las propiedades a sus hermanos.

Tampoco comunicó a nadie el consejo de sus directores espirituales que estaba detrás de tal medida. Había sido el buen padre Barré, a quien seguía consultando en sus asuntos más decisivos, quien le había dado la consigna definitiva: «Dios sólo... entonces todo quedará bien fundamentado». Cuando en septiembre de 1684 reunió en asamblea a los maestros que le seguían, ya tenía tres escuelas bien organizadas. Entonces pudo hablarles un lenguaje de cercanía: no era ya el sacerdote rico, miembro de una familia distinguida; era un pobre como ellos y el motor de una empresa hermosa de educación. Entonces trazaron los primeros reglamentos de las Escuelas Cristianas. Eligieron su vestido singular y uniforme. Comenzaron a llamarse hermanos. Iniciaron un hermoso instituto religioso para atender la urgente necesidad de la «educación de los pobres y de los artesanos».

Nace la Congregación de Hermanos Laicos

En mayo de 1686, el grupo había madurado como comunidad. A invitación suya, formularon una primera consagración en forma de un voto de obediencia. La Salle pensó que había llegado el momento de elegir un superior que no fuera sacerdote y lo logró provisionalmente en uno de ellos, el hermano Enrique Lheureux. Cuando se enteró el arzobispo, anuló tal elección y ordenó que siguiera al frente de la comunidad y de las escuelas de Guisa, Laon, Rethel, además de las de Reims. La muerte de Barré, el 31 de mayo del 1686, y la de Adriano Nyel, un año después, le dejó como único inspirador de la obra emprendida.

Las dificultades e incomprensiones que hallaba en Reims le animaron a aceptar la invitación del párroco de San Sulpicio de París para trasladarse a la capital del reino y dirigir la escuela que malvivía en la parroquia. Su llegada a la capital fue el 24 de febrero de 1688, a la escuela de la calle Princesa. Se iniciaba otra etapa en su vida de fundador.

Nuevas vocaciones, pero también nuevas dificultades, se fueron presentando a medida que las escuelas fueron aumentando. Surgieron en Reims, donde quedó de superior de los hermanos Enrique Lheureux. Y se incrementaron en París, donde los maestros calígrafos encontraron en la gratuidad de sus escuelas estorbo para sus intereses pecuniarios.

Y es que, a la escuela de San Sulpicio en la calle Princesa, siguió la apertura de otra en la calle Du Bac. Juan Bautista quiso consolidar la obra, también en el plano espiritual: el 21 de noviembre de 1691 hizo con los dos hermanos más comprometidos, Gabriel Drolin y Nicolás Vuyart, un voto heroico, de mantener la obra a pesar de todas las dificultades, «aunque tuvieran que vivir de limosna y comer sólo pan». Fueron los cimientos del grupo, aunque uno de los tres pronto fallaría.

Con intención de fortalecer el grupo pensó en el hermano Enrique Lheureux para superior. Le llevó a París y le orientó a estudiar Teología para que se ordenara sacerdote, a fin de que fuera su reemplazante en el gobierno de la obra sin oposición episcopal. Dios tenía otros designios y el hermano Enrique enfermó y falleció. Repuesto el fundador de su dolor, entendió en esto un signo de la Providencia y la consigna de que sus hermanos «fueran laicos siempre», se convirtió para él en evidencia y para el instituto en principio básico de identidad.

En 1692, el 1 de noviembre, organizó el noviciado en París para formar nuevos maestros. Alquiló una casa en el barrio de Vaugirard, en las cercanías de sus escuelas. Algunos jóvenes más comprometidos se fueron adhiriendo a la obra y el número de hermanos llegó a los 30.

El grupo, ya repartido entre Reims y París, se consolidó hasta tal punto que, en la asamblea del 6 de junio de 1694, doce hermanos ya emitieron sus primeros «votos perpetuos de asociación, estabilidad y obediencia». La demanda de nuevas escuelas estimulaba cierto entusiasmo, pero al mismo tiempo originaba inquietud en el fundador.

Cuando el nuevo siglo inició su andadura, los frutos conseguidos resultaban ya consoladores: sus escuelas se extendían por veinte lugares diferentes. Y los alumnos eran casi los tres millares. [...]

Cuando se acercaba el año de 1717 pensó que había que organizar definitivamente la sociedad religiosa surgida. El 16 de mayo de ese año convocó una asamblea de todos los hermanos. Y fue entonces cuando consiguió dejar el cargo de superior. Fue elegido el hermano Bartolomé, director en París y que había sorteado las intromisiones externas.

Juan Bautista de La Salle se retiró a San Yon, cerca de Ruán. Allí redactó la Regla definitiva de los hermanos y retocó diversos libros de los que tenía preparados. Atendió espiritualmente sobre todo a los novicios y a los jóvenes albergados en la casa. Sus últimas obras escritas, como las Meditaciones para los domingos y fiestas y la Explicación del método de oración, juntamente con las 126 cartas que nos quedan de las miles que salieron de su pluma, completaron las 3.394 páginas que conservamos de sus 20 libros y de sus otros memoriales y escritos.

La enfermedad reumática y urémica se apoderó de él en los comienzos de 1719. El 19 de marzo celebró su última misa y el 3 de abril dictó su testamento, El Viernes Santo, 7 de abril de 1719, falleció, sin casi haberse enterado de la última persecución que se cernía sobre él: se le habían retirado las licencias eclesiásticas ante nuevas calumnias de que era objeto en la curia diocesana. Expiró después de haber dicho: «Adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo».

Dejaba 42 escuelas y comunidades, de las 58 que había abierto en vida. Había 125 hermanos y entre 5.000 y 5.500 alumnos frecuentaban sus escuelas. Enterrado en la iglesia de San Severo, sus restos fueron trasladados a San Yon en 1734. Ya en el siglo XX, descansaron en la casa de Lebecq-lez-Hall por motivo de la excomunión de los religiosos de 1904 en Francia. El 26 de enero de 1937 fueron llevados sus restos a la casa general de Roma, donde hoy se veneran. Su memoria se conservó siempre no sólo entre los suyos, sino en diversidad de institutos posteriores que se inspiraron en su carisma.

Fue beatificado por León XIII el 19 de febrero de 1888 y canonizado por el mismo papa el 24 de mayo de 1900. Pío XII le proclamó «Patrono de los maestros católicos», con el breve pontificio Quot ait, el 15 de mayo de 1950.

Con motivo del 350º aniversario del nacimiento de San Juan B. de La Salle, Juan Pablo II me escribía una carta, en la que decía: «El secreto de Juan Bautista de La Salle es la relación íntima y viva que mantuvo con el Señor en la oración diaria, fuente de la que sacó la audacia creativa que lo caracterizaba» (26 de abril de 2001).

Álvaro Rodríguez Echeverría

Jue
8
Abr
2021

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Vosotros sois testigos de esto”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 11-26

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos.

Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente:

«Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo.

Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros.

Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer.

Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días.

Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo de hoy

Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9 R/. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señor, Dios nuestro,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies. R/.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice:

«Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Y él les dijo:

«¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

«¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

Y les dijo:

«Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos

Como los testigos de la curación del paralítico pensaban que Pedro y Juan eran los responsables de esa curación, la gente se agolpaba en torno a ellos. Pedro aprovecha la ocasión para recordar a sus oyentes unas cuantas verdades. Les recuerda que ha sido Jesús, y no ellos, el protagonista de la sanación, ese Jesús al que “entregasteis y rechazasteis ante Pilato, cuando había

decidido soltarlo". Jesús curó al paralítico por la fe que tenía en él. "Ha creído en su nombre... su fe le ha restituido completamente la salud".

Pero Pedro no se queda en la mala acción de los judíos. Reconoce que "lo hicisteis por ignorancia y vuestras autoridades lo mismo". Les pide que se arrepientan y se conviertan "para que se borren vuestros pecados a ver si el Señor manda tiempos de consuelo, y envía a Jesús, el Mesías que os estaba destinado... al que resucitó de entre los muertos".

Las palabras de Pedro nos vienen bien a los cristianos de todos los tiempos. De lo que se trata es de que aceptemos la invitación de Jesús a seguir sus pasos: "Ven y sígueme". Él nos señala el mejor camino para vivir en amistad con Dios, en amistad con los demás y así poder disfrutar del sentido, de la esperanza y de la felicidad que todos tanto deseamos ya aquí en nuestra tierra, antes de que nos regale la resurrección a una vida de total plenitud, después de nuestra muerte.

Vosotros sois testigos de esto

Los apóstoles no acababan de creer lo que estaban viendo sus ojos. Era cierto que Jesús, mientras estuvo con ellos, les había dicho que iba a ser entregado a las autoridades, que le iban a condenar, que iba a padecer y morir clavado en una cruz, pero que al tercer día resucitaría. Habían vivido con él, casi todos desde lejos, su muerte ignominiosa e injusta. Y ahí se habían quedado más que desconcertados. Pero el evangelio de hoy nos relata cómo se presenta ante ellos resucitado. Era demasiado sublime para creérselo: "Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma". Y Jesús, con su paciencia habitual con ellos, trata de convencerlos de que es verdad, que ha resucitado. Les muestra sus heridas, les pide de comer... A partir de aquí, olvidándose del miedo, se vuelven testigos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Y a ello dedicarán el resto de sus vidas, sabiendo que es la mejor noticia que pueden ofrecer a toda la humanidad. "Vosotros sois testigos de esto".

También a nosotros, los cristianos del siglo XXI, necesitamos que Jesús nos convenza de su resurrección y de nuestra resurrección, y que el único camino que nos lleva a ella es vivir como él vivió... para convertirnos en los testigos de la verdad de Jesús y de su buena noticia.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Vie

9
Abr

2021

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

"Es el Señor"

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres.

Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes, Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos:

«¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?».

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

«Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es "la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular"; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo de hoy

Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27a R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:

eterna es su misericordia.
Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Éste es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice:

«Me voy a pescar».

Ellos contestan:

«Vamos también nosotros contigo».

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice:

«Muchachos, ¿tenéis pescado?».

Ellos contestaron:

«No».

Él les dice:

«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».

La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro:

«Es el Señor».

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan.

Jesús les dice:

«Traed de los peces que acabáis de coger».

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

«Vamos, almorzad».

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión del Evangelio de hoy

Por el nombre de Jesús resucitado este se nos aparece sano

Pedro y Juan se presentan ante el Sanedrín tras curar a un paralítico. Los sumos sacerdotes y la guardia del templo los conducen a la cárcel por predicar a Jesucristo resucitado. Son interrogados por nombre de quién ellos han sanado a tal paralítico.

Es Pedro, quien, impulsado por el Espíritu Santo, toma la iniciativa de dar la cara y de anunciar que es en nombre de Jesús el Nazareno, crucificado por los judíos, y resucitado por Dios quien mueve sus actos de fe, y sus actos de sanación.

Pedro y Juan han asumido el mandato del Resucitado: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda la creación... lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo*. El poder de curar de los Apóstoles.

La palabra de vida, no puede quedar encerrada entre los muros de la irreligiosidad, de la intolerancia o de las múltiples formas que adopta la lucha contra Dios. La palabra de vida, lleva salud a los enfermos, consuelo a los afligidos, y reconciliación a los descarriados.

Una palabra que parte de la experiencia de la resurrección, de la alegría pascual, es la que llena ahora el corazón de Pedro. Ya no niega, ya no se esconde, ahora es quien da la cara por Dios tomando la iniciativa.

Es el Señor

A veces nos empeñamos en ver las cosas desde una sola dimensión o perspectiva. Es cuando aparece alguien en nuestra vida, a quien le reconocemos cierta autoridad, quien nos muestra el camino más adecuado y certero para comprender y reconocer cada acontecimiento.

Pedro y otros discípulos deciden ir a pescar. Están toda la noche, pero no encuentran nada. Hay alguien quien les indica que echen las redes hacia el otro lado, y es cuando encuentran un banco de peces abundante.

La vida no consiste en repetir una y otra vez los gestos que nos van a dar beneficios. No siempre la reiteración de los actos nos conduce al éxito. Nos hace falta un cambio de rumbo, un cambio de sentido. Cambiar la perspectiva de nuestra vida nos ayuda a mirar más allá, en profundidad y con fe, la posibilidad de encontrar lo que buscamos. Sin embargo, ¿qué es exactamente lo que buscamos? ¿Buscamos a Dios? ¿Buscamos realizar nuestra misión en las manos de Dios?

Fue el cambio de perspectiva, el echar las redes hacia otro lugar, lo que convirtió la pesca de infructuosa en abundante. Todo por una palabra del resucitado. Si observamos el texto del Evangelio de hoy, es la comunidad de discípulos, no Pedro sólo los que están llevando la misión de pescar. Mientras pescan empeñados en sus propias fuerzas, no consiguen nada; es cuando centran la mirada y escuchan al resucitado, cuando su pesca es abundante.

Es el discípulo a quien Jesús tanto amaba quien reconoce el gesto, la palabra, el milagro. La presencia del amor en él le hace afirmar que "es el Señor". Porque es precisamente en el amor donde se reconoce la vida.

En esta semana, acabando ya el octavario de la Pascua, encontramos que Jesús resucitado alienta nuestro caminar como creyentes, como una comunidad con una misión entre manos: la de vivir en unidad la alegría pascual, la de llevar la noticia de Cristo Resucitado, la de reconocer que es el Señor quien alienta nuestro trabajo.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Sáb
10
Abr
2021

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

Hoy celebramos: Beato Antonio Neyrot (10 de Abril)

"Les echó en cara su dureza de corazón"

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 13-21

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo:

«¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo:

«¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo de hoy

Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21 R/. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

El Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos R/.

«La diestra del Señor es poderosa.

La diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. R/.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.
Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 9-15

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo:
«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Reflexión del Evangelio de hoy

Es evidente el milagro...les prohibiremos con amenazas

Jefes del pueblo, ancianos y escribas, sumo sacerdote Anás, Caifás y Alejandro y los demás que sois familias de sumos sacerdotes...
A vosotros, **arquetipo del miedo** en la condición humana, os digo:

-No tenéis más autoridad que la que dimana por la fuerza de la extorsión, manipulación, amenazas. Es la actuación propia de la gente necia: «*por más que miran, no ven, por más que oyen, no entienden*»(cfr. Mc 4,12).

Cerrazón frente a lo evidente. Tan sólo se permite la sorpresa (*estaban sorprendidos*), abortando cualquier búsqueda que dé razón a la respuesta no hallada.

Se opta por la tiniebla frente a lo diáfano, deliberando posibilidades para seguir anclados en lo que supone mordisco de iniquidad, vileza.

Bien sentenciaba el salmista: «*El malvado...renuncia a ser sensato y a obrar bien; se obstina en el mal camino, no rechaza la maldad*» (Sal 35, 4-5).

Cabe preguntarse: - ¿Y yo? ¿Soy botín de la complicidad de turno, porque me puede más la deseabilidad social que la autenticidad en mi vida?; o por el contrario, -¿me ATREVO a que ese Pedro y Juan que porto en mi esencia ponga en tela de juicio a ese Sanedrín inoculado en mi interior y que se llama personaje, que moviliza mi rutina y convencionalismos en aras de lo *religiosamente* correcto y me trae a mal traer? Se sienta en el banquillo de los acusados al personaje cuando me atrevo a preguntarme y cuestionar: « **¿es justo a los ojos de Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él?**».

Como siempre, la elección a tomar está servida.

Les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón

María Magdalena, la primera predicadora del triunfo de la VIDA sobre la muerte, ha experimentado hasta los tuétanos el Amor de Dios manifestado en su Hijo Jesús, el Cristo. En ella se cumple el vaticinio del salmista: «*viviré para contar las hazañas del Señor*» (Sal 117,17).

Quien se cierra a esta experiencia la niega y por ello lo que debiera suponer duelo y lágrimas eventuales se convierte en constante de vida. Son pasto de la incredulidad. La fe en el Resucitado se visiona como un asunto gazmoño, irracional, enarbolando la bandera del sentimiento apoyado en la razón.

Incredulidad y dureza de corazón en el Sanedrín y sus esbirros e **incredulidad y dureza de corazón** en el grupo de los discípulos de Jesús de Nazaret. En los primeros, el origen del escepticismo viene de la mano del peligro de perder su poder y estatus económico fruto de ostentar el liderazgo religioso. En los segundos encontramos una fe horizontal, muy *a la pata llana*, aún no zambullidos en la coordenada vertical. Eso acontecerá en Pentecostés.

La cuestión se dilucida en dar o quitar crédito a la Palabra de Dios.

Abrahán, nuestro padre en la fe *«pensó que Dios tiene poder para resucitar al hombre de entre los muertos»*(cfr. Hb. 11,19).

No es tema baladí.

Y tú, ¿lo crees?



Sor Mª Ángeles Calleja O.P.
Monasterio Santa Catalina - Paterna

Hoy es: Beato Antonio Neyrot (10 de Abril)

Beato Antonio Neyrot

Antonio nació hacia 1423 en Rívoli (Piamonte, Italia) y entró en el convento reformado de San Marcos de Florencia. Apresado y conducido como esclavo a Túnez, renegó de la fe y se hizo musulmán, pero ayudado por Dios y por la intercesión de su padre espiritual san Antonino, al que se encomendó, proclamó de nuevo su fe y expió su pecado con el martirio, siendo lapidado el Jueves santo, 10 de abril de 1460. Su cuerpo se venera en Rívoli, en la iglesia de Santa María della Stella, desde 1469. Su culto fue confirmado en 1767.

Del Común de un mártir.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que con misericordia

devolviste al beato Antonio

a la luz de la verdad;

te pedimos que,

siguiendo el ejemplo de sus sufrimientos,

negándonos a nosotros mismos,

te amemos siempre sobre todas las cosas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo

en la unidad del Espíritu Santo

y es Dios por los siglos de los siglos.

El día **11 de Abril de 2021** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).